

me hace maldita la gracia; exclamó monsieur Levrault con soberano desden. ¿Qué casta de pájaros vienen á ser esos la Rochelandier? ¿De dónde proceden? ¿á dónde se anidan? Esta es la primera vez que oigo hablar de semejantes gentes.

—Repito, contestó Gaspar afectando una serenidad que estaba muy lejos de tener, que ignoraba el regreso de esa familia á sus posesiones.

—¡Pues es bien extraño, señor vizconde! añadió Laura con aire distraído, y jugando con el látigo que conservaba todavía en la mano. La marquesa y su hijo hace ya tres años que se hayan de regreso en sus tierras; paréceme, por tanto, que ha tenido V. tiempo de saber su llegada.

—Yo creía, señorita, y aun se me figura que lo he dicho antes de ahora, que los la Rochelandier habian partido para Frohsdorf á fines del invierno último. Al presente debo añadir que esa familia pertenece á la fracción de la nobleza, con la que he tenido relaciones hasta hace algun tiempo, pero á la cual he dejado de visitar absolutamente.

—¡Ah! ¿con que ya no se visita V. con los la Rochelandier, señor vizconde.....? Debiera haberlo adivinado, aun cuando no fuera más que por el modo con que ha saludado á V. el marqués al entrar y al despedirse.

—¿Qué diablos significa todo eso? exclamó monsieur Levrault, que no comprendia absolutamente

á donde queria ir á parar su hija. El tal marquésito es un mozo bastante mal criado, á quien vendria como de molde una buena leccion. ¿No es cierto, Gaspar, que el mequetrefe ese no me ha guardado todas las consideraciones debidas á mi rango? ¡Qué orgullo tan necio! Venir á echarla conmigo de hombre de *pro*, cuando si V. me apura, me atrevo á apostar que tengo aquí, en mi bolsillo, más dinero que el necesario para comprar sus posesiones, su castillo y todos sus títulos y ejecutorias.

Y así diciendo, sacó del bolsillo un puñado de oro, que hizo brillar en la palma de su mano descomunal.

Apoyado Montflanquin por M. Levrault, repuso con más aplomo:

Los la Rochelandier no me perdonarán jamás el que al adherirme al trono de Julio, haya pacificado la Vendée y arruinado en los departamentos del Oeste las últimas esperanzas de la moribunda legitimidad. Esa familia representa en Bretaña aquella fracción de la nobleza incorregible que nada ha aprendido, ni nada ha olvidado. Semejantes gentes, infestadas por todas las preocupaciones peculiares de su raza, hinchadas y envanecidas con sus pergaminos, y enemigos natos de todas las ideas nuevas, echan de menos el feudalismo, y viven en sus castillos desmoronados

soñando con el diezmo y las pechas. Créense llamadas á restaurar la monarquía de derecho divino, sin otra razon que por la de que aun les quedan tres ó cuatro torreones desvencijados. Hablarles de la clase media es dirigirles el mayor de los insultos, porque la detestan con toda su alma. La industria, esa gloria de la Francia, esa jóven reina del mundo, esa potencia de los tiempos modernos, la desdennan, la tratan con el mayor desprecio, y la consideran como indigna de su atencion de alto á bajo. Para ellas la clase media y la plebe son una misma cosa: ninguna distincion establecen entre un gran fabricante y un mercachifle.

—¡Oh! ¡Eso es demasiado! exclamó M. Levrault.

—Pues ahí tiene V., caballero, lo que son los la Rochelandier. ¡Ya ha visto V. al marqués! ¡qué vanidad! ¡qué insolencia! ¿Ha dado á entender ni por pienso, ese hidalgo pelafustran, mientras ha estado en esta sala, que tenia la honra de hablar con uno de los más ilustres representantes de la alta industria? Le aseguro á V. que me ha hecho padecer extraordinariamente, no solo por V. sino por él mismo. A pesar de ser todavía muy jóven, de mi edad sobre poco más ó ménos, ¿no diria cualquiera que es ya todo un marqués de *Forlipon*? ¡Pues ayúdeme V. á sentir con su madre! Es una princesa Micomicona en toda la extension de la palabra.

—Preciso es, señor vizconde, repuso Laura, la cual habia escuchado hasta entonces sin pestañear siquiera, que la marquesa y su hijo hayan cambiado mucho desde que V. no los vé. Mme. la Rochelandier me ha parecido la gracia y la amabilidad personificadas; apenas me vió llegar á su posesion, salió á recibirme, y me condujo de la mano al salon de su castillo, (castillo desmoronado, si V. quiere); pero que todavía se sostiene en pié no obstante. Alguno conozco yo en Bretaña del cual no pudiera decirse otro tanto. Por lo demás ignoro si la marquesa es ó no hostil á la clase media; pero lo que sí puedo afirmar es que me ha hablado de mi padre con la mayor consideracion, y de sus trabajos industriales con la mayor deferencia.

—No deja de ser eso lisonjero, exclamó monsieur Levrault acariciándose la barba.

—Finalmente, señor vizconde, la marquesa, prosiguió Laura con intencion, me ha hecho toda clase de obsequios con una amabilidad, una finura y unos modales tan distinguidos, que francamente hablando, no han podido menos de sorprenderme. En cuanto al jóven marqués, si es orgulloso, quizás consistirá en que tenga para ello sus motivos: por mi parte sé decir que no me parece mal que un noble marche con la cabeza erguida.

—¡Señorita, repuso Gaspar con sonrisa malicio-

sa, la marquesa es una excelente madre. Tal vez si la examina V. con cuidado hallará el secreto de sus zalamerías!

—¿Qué quiere decir eso, señor vizconde? repuso Laura con cierta acritud. ¿Presume V. por ventura que cuantos obsequios se me hacen van dirigidos únicamente á las talegas de mi padre? También es muy posible que al buscar el secreto de las zalamerías de la marquesa, encontrásemos el de las prevenciones que se nos han hecho desde la noche primera que hemos pasado en la Trelade.

Al oír estas palabras Gaspar se levantó pálido de cólera. Más pálido aun que Gaspar, y mudo de espanto, contemplaba alternativamente M. Levrault al vizconde y á su hija, y se preguntaba interiormente si sería aquel momento el de la ruina de sus esperanzas. Lo único que le tranquilizaba un poco, era el figurarse que estaba soñando y que era juguete de una abominable pesadilla.

—Vamos, siéntese V., señor vizconde, repuso Laura con voz melosa, aunque sin dar á su acento una expresión de sinceridad. Ruego á V. que crea que no he tenido intención de ofenderle, ni de poner en duda el desinterés del afecto que nos profesa y la lealtad de su carácter. Vamos, siéntese usted, repito; no quiero que nos separemos de esa manera. Si se me ha escapado alguna palabra que

haya herido alguna de sus susceptibilidades, sea V. generoso y perdónemela V.

—¡Eso es lo que se llama hablar en razón! exclamó el ex-mercader, á quien estas últimas palabras volvieron á la vida. Pero ¿qué demonios tienes tú hoy, hija mía? ¿Qué mosca te ha picado? Vaya, hijos míos, daos la mano y dejaos ¡por Dios! de esos la Rochelandier ó esas alforjas.

Hasta el mismo Gaspar se creyó ya en puerto de salvación, al ver el giro que iba tomando el asunto: el bueno del vizconde se apresuró á coger los dedos de Laura, y ya iba á llevárselos á los labios cuando esta prosiguió con la mayor sangre fría:

—¿No le parece á V. bien, señor vizconde, que hablemos un poco para divertirnos del camino del Diablo?

Gaspar se estremeció al oír esta salida, y retiró su mano como si hubiera sentido que las uñas de los dedos de la hija del ex-mercader se alargaban traidoramente para introducirse en su carne.

—Señorita, á los piés de V., dijo mordiéndose los labios hasta hacerse sangre; yo me retiro, dejándola á V. entregada á sus nuevas afecciones. ¡Plegue al cielo, que no eche V. de menos algún día á este hombre á quien acaba de tratar tan indignamente! Tales son los votos que dirigirá al Altísimo el noble y tierno corazón, que no re-

cogerá en premio de su rendimiento mas que ingratitude y ultrajes.

Y así diciendo, salió de la estancia como un huracan.

No queria decir esto, sin embargo, que el bueno de Montflanquin abandonase del todo la partida; nuestro amigo Gaspar no era hombre para dejar escapar así como quiera un millon de dote; habia conocido, empero, que en el punto en que se hallaban las cosas, era necesario dar un golpe de bombo, y así lo hizo en la confianza de que M. Levrault correria en pos de él, ó mandaria llamarlo. El pobre Montflanquin, por otra parte, tenia necesidad de coordinar sus ideas y de buscar medios para reparar el rudo ataque que acababa de sufrir.

Renuncio á describir el estupor que se apoderó del gran fabricante: para tener de él una pálida idea, figúrese el lector un muchacho que, al tocar con la punta de los dedos la cola de un pájaro que intenta coger, lo vé echar á volar rápidamente é ir á posarse sobre una rama. El primer movimiento del padre de Laura fué correr detras de Montflanquin para detenerlo; pero sus piés estaban como clavados en la sala: luego quiso llamarle, y no parecia sino que una mano de hierro le apretaba la garganta.

Laura, entre tanto, recostada sobre un divan, se golpeaba ligeramente la amazona con un

látigo, y miraba tranquilamente á las moscas que se estaban paseando por la cornisa del techo.

—¡Mala peste en los Rochelandier! exclamó al fin M. Levrault pasando repentinamente del estupor á la cólera y á la desesperacion. ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿qué ocurre? ¿dónde está el vizconde? ¡Desgraciado de mí! ¡haberme tomado tanta pena durante dos meses, haber trabajado tanto para cogerlo y todo sin fruto! ¡Cuánto talento, cuánta destreza no ha habido menester para llegar á donde llegó! ¡Ya habia conseguido vencer todos sus escrúpulos! ¡mis brazos se abrian ya para recibirle! ¡ya iba á llamarme su papá-suegro! Tres meses me faltaban únicamente para ser baron, y para tomar asiento en la alta Cámara. Vamos, mujer, habla, dime, cuéntame lo que te ha hecho ese modelo de hidalguía. Por tí se hallaba pronto á renunciar á la pobreza que tan grata le ha sido siempre; á la viudez, en cuyo estado habia prometido hacerse viejo: el pobre vizconde consentia ya en hacer traicion á la señorita de Chanteplure, y en casarse contigo, y ahora... así... sin más ni más... sin razon ni motivo alguno vas tú á exasperarlo, irritarlo, y á lanzarle al rostro los más violentos insultos...! ¿Es así como remuneras los sacrificios de ese generoso corazon?

Así que se calmó algun tanto la exasperacion de M. Levrault, Laura le refirió de la Cruz á la fecha

la razon por qué habia llegado á sospechar del desinterés y buena fé del vizconde, y la de por qué sus dudas inciertas y vagas en un principio se habian cambiado ya en una casi certeza.

—¡Vaya al diablo el castillo de la Rochelandier! exclamó M. Levrault cuando cesó de hablar su hija. ¿Qué necesidad tenias tú de ir á descansar á esa guarida de facciosos? El vizconde tiene razon; esa gente no le perdonará nunca el que haya hundido á la legitimidad adhiriéndose á la dinastía de Junio: no le perdonará el que haya dado el golpe de gracia á ese partido retrógrado, que nosotros los grandes fabricantes derribamos del poder en 1830. No me sorprende, por lo tanto, que así tu marquesa, como el tonto de su hijo te hayan hablado mal de Montflanquin. En ese partido no se conocen otras armas que la calumnia, á excepcion de las bayonetas extranjeras. Por mi parte tengo á Gaspar por el pundonor y la lealtad personificados. ¿A qué habia de habérmolo presentado sino Jolibois, como la flor y nata de los nobles? ¿Con qué oculto fin cantarían sus méritos y virtudes el caballero de Barbanpré y el conde de Kerlandec, esas dos irrecusables autoridades de la antigua Armórica?

—Pero, padre mio, ¿á qué venia entonces la cajada que soltó la marquesa al oirme nombrar á Kerlandec y al caballero de Barbanpré?

—¡Por los clavos de Cristo, te ruego que no ha-

blemos más de la tal marquesa! Ahora mismo voy á llamar á Montflanquin, y punto concluido. Un Levrault no tiene por qué avergonzarse de correr en pos del vástago de una casa, entre cuyos ascendientes figuran los Baudouin y los Lusignan.

Laura se plantó arrogantemente en la puerta del salon, y estorbó el paso á su padre. Nuestra heroína se empeñó en defender á su marqués con tanta tenacidad, como defendia M. Levrault al vizconde.

El lector no habrá olvidado que las simpatías de la hija del ex-mercader hácia Gaspar estaban lejos de ser muy vivas: antes bien pudiera decirse que habia luchado largo tiempo contra las sugerencias de su padre, y que si, aun cuando con repugnancia, pareció acceder á ellas, fué únicamente en la conviccion de que en toda Bretaña no encontraria un partido mas ventajoso que el vizconde de Montflanquin. Así es que la aparicion de un marqués cualquiera en la escena hubiera bastado para cambiar repentinamente sus disposiciones y trastornar de arriba abajo su corazon. Añádase á esto que el marqués aparecido era bastante buen mozo, y, aun cuando esta circunstancia no importaba gran cosa á la señorita Levrault, para quien un marido jóven y bien parecido era lo mismo que uno feo y viejo, con todo, no dejó de influir algo, La razon principal de su preferencia hácia Gascon

consistía, no obstante, en que Laura, con ese delicado instinto que poseen las mujeres en tan alto grado, había conocido al vuelo la distancia que separaba á Montflanquin de los Rochelandier. La hija de M. Levrault no se engañó ni un solo instante acerca del buen perfume aristocrático esparcido en el salon de aquel castillo, á donde la había llevado su buena estrella. Las opiniones políticas de la marquesa y de su hijo no le importaban un ardite: la hija del ex-mercader se curaba muy poco de que el autor de sus días llegase ó no á obtener un asiento en la Cámara de los Pares; su orgullo creía suficientemente compensada la privación de la asistencia á la córte con el trato de las duquesas del barrio de Saint-Germain.

Sabia además que la calle de los Bourdonnais estaba, desde 1830, ménos lejos de las Tullerías que del barrio Saint-Germain, objeto de sus dorados ensueños.

Pero aun cuando hubiera estado firmemente persuadida de que por este lado no tenía que esperar nada, no por eso hubiera dejado de volver á la Trelade ménos resuelta á romper de frente con el vizconde, á quien había conocido lo bastante en las pocas horas que había durado su solitario paseo.

Prescindiendo de la peregrina invención de la vaca y la pastora, el silencio de la marquesa y de su hijo acerca de Gaspar, era para ella más que sufi-

ciente: aquel silencio delator lo interpretó Laura en su verdadero sentido. Por último, el continente noble del jóven la Rochelandier la hizo conocer al vuelo que lo único que tenía de distinguido el vizconde de Montflanquin era el nombre. El estupor que manifestó Gaspar en el semblante al ver al marqués, y la actitud altiva y desdénosa de Gaston para con el vizconde, acabaron de abrirle completamente los ojos. M. Levrault se resistía en un principio á oír á su hija; pero Laura consiguió detenerlo, y habló con tal copia de razones, con un acento de convicción tan profunda, y con tanta autoridad, que alcanzó al fin que aquella escuchase.

—Lo único que pido á V., padre mio, le decía despues de haber quebrantado algun tanto la confianza que tenía M. Levrault en el vizconde, es que obre V. con prudencia y sin precipitación. En lugar de ir corriendo en pos del vizconde, estémonos quietos en nuestra casa: pierda V. cuidado; él volverá si es de ley. Quizás tenga V. el gusto de verlo esta misma noche ó mañana lo más tarde. Observémosle entonces, mantengámonos en guardia, y respondo que V. será el primero que lo plantará en la calle antes de ocho días.

M. Levrault no tuvo otro remedio que adherirse á los consejos de su hija; fácilmente habrá adivinado ya el lector que ésta hacia de él cuanto le daba la gana. El día, por lo tanto, terminó triste-

mente. Durante la comida hubo el más lúgubre silencio. El gran fabricante, á quien la presencia de Gaspar alegraba en extremo, estaba uraño como un jabalí, reprendía ásperamente á los criados sin el menor motivo, y llevó su irritabilidad hasta despedir á dos ó tres de ellos. Su confianza en el vizconde, que habia vacilado durante un momento, renació más floreciente y más robusta que nunca, despues de una hora de reflexion. El pobre hombre estaba seguro de que la calumnia queria hacer presa sobre Gaspar, y esperaba que éste saldría victorioso así que volviese á la Trelade. Esta esperanza le sostuvo hasta que llegó la noche; pero las estrellas iluminaron el cielo, y Gaspar, cual otro Malborough, no vino. El infortunado M. Levrault se dejó caer entonces en una butaca, entregado al más hondo abatimiento. Poco despues se levantó lleno de impaciencia, é iba de habitacion en habitacion maldiciendo á los la Rochelandier, y pidiendo su vizconde á su hija, como Augusto pedia á Varo sus legiones.

## VI

El vizconde entre tanto, despues de haber vuelto la cabeza más de veinte veces, para ver si M. Levrault ó alguno de sus criados le seguía, despues de haberse sentado de cuarto en cuarto de hora á lo largo de las avenidas, habia regresado al fin al castillo de sus antepasados. Pero en qué estado, ¡justo cielo! Imagínelo cualquiera. Galaor apenas pudo reconocerlo, y empezó á temblar por su salario. El castillo venia á ser un monton de piedras, en medio de las cuales quedaba en pié una sola ala del edificio. Los chuscos de la comarca solian decir que la casa de Montflanquin no volaba, sino con una ala sola.

Esta ala rebelde, cuyo estado era ménos sólido que el pintoresco, no debia ofrecer un asilo muy seguro cuando hubiera temporal. En aquel asilo,